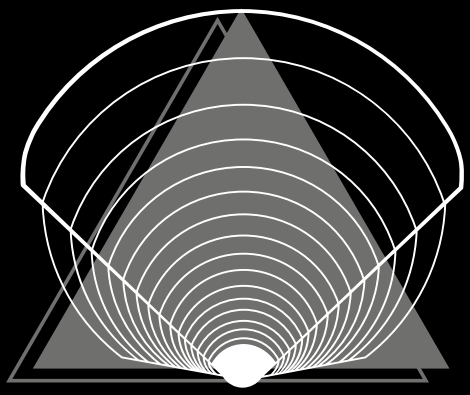


Meiembipe,
el secreto de Sambaqui

COMO PUEBLO DE PESCADORES PREHISTÓRICOS DESDE LA COSTA, UN MUNDO COMPLEJO Y EQUILIBRADO SE LEVANTÓ EN MEIEMBIPE, LA MONTAÑA QUE SE EXTIENDE SOBRE EL MAR.

FOTOS: CHARLES GUERRA | TEXTO: CARLOS DOMINGUEZ

La arqueología revela algunos hábitos y actividades de los pescadores prehistóricos de la costa central de Santa Catarina (5.000 – 1.000 ac). Pero los misterios persisten, al igual que el desprecio de la sociedad por el patrimonio arqueológico y ambiental del "hombre sambaqui". Por otro lado, aventureros, empresarios y científicos luchan por preservar el legado de nuestros antepasados.

En la isla. La isla más grande. La isla más hermosa. "Meiembipe", decían los descendientes de los guaraníes. La montaña que se extiende sobre el mar. Esto es parte de la historia de "Meiembipe". Una historia de personas, piedras y mar.

Hay historias que son compartidas por miles de personas, a lo largo de miles de años. Estas líneas existen para demostrar que esta isla siempre ha sido un lugar especial, sin importar quién estuviera en sus costas disfrutando del deleite de la abundancia de proteínas, en forma de peces, crustáceos e incluso ballenas. Había muchos ocupantes de la costa. Desde la perspectiva de la arqueología, tenemos el precursor, llamado "*hombre sambaqui*", denominación genérica para las poblaciones que construyeron las "pirámides" brasileñas, utilizando abundantes conchas, huesos de animales y arena como material de construcción. Luego vinieron los gês y los guaraníes, inmigrantes internos del Brasil continental. Emisarios incas bajaron de los Andes trayendo otras costumbres y recogiendo "mullus". El camino del Peabiru. Hasta que en el año 1500 desembarcaron los bárbaros. Y la destrucción lenta y gradual de un sistema complejo, incomprendido por marineros llegados de ultramar, y poco conocidos y estudiados hasta los dias actuales.

Los descendientes de esta fuerte mezcla de pueblos intentan hoy reconstruir el pasado, en la busqueda de las piezas de un gran rompecabezas incompleto. En 2017, sin embargo, ya existe un consenso científico de que la ocupación humana de la costa de Santa Catarina puede datarse hasta 5 mil años antes del presente. Fueron poblaciones que erigieron sus monumentos en complejas relaciones sociales que permitieron que esta tradición permaneciera en el mismo lugar durante miles de años, desarrollando hábitos y técnicas que les permitieron vivir en el lugar con abundancia de comida, vivienda, clima templado y pocas guerras. ¿Lo que queda? Mientras la cultura persiste, incrustada en los miles de individuos que se tumban en las playas de arena blanca para hacer el amor bajo la luna y las estrellas, emergen actitudes impredecibles entre los nativos, colonizadores de ultramar que hoy son el bastión de otra experiencia del medio ambiente, distinta, donde la herencia portuguesa se entrelazó con la de los nativos de la costa brasileña y ahora resurge, en infinitas contradicciones, la especulación inmobiliaria y la destrucción del patrimonio ambiental de Santa Catarina, la pesca tradicional, las playas, los ríos y las colinas, un sistema ambiental complejo y vivo.

Este informe muestra estos paisajes, contando la historia de personas que hoy, de alguna manera original, se relacionan entre sí en esta improbable red. Durante dos años, el equipo de reporteros de Ponga profundizó en la vida de las personas que aportan su conocimiento para que la historia de la isla sea la historia de las personas que la habitan. Desde el mítico hombre sambaquí hasta nuestros días, son muchas las vidas que han recorrido los cerros y el mar, haciendo de este lugar único un hogar. Y estas diferentes formas de ocupar el territorio forman un patrimonio que muchas veces se deja a un lado. Aquí se reúnen los amantes de la isla, su belleza, su cultura y sus misterios. **Un mundo en profundidad.**

El hombre de Sambaqui

Los ojos de Gabriela se llenan de agua. Sus retinas reflejan la imagen que ella jamás esperaba ver. El mar excavó una enorme herida en el Sambaqui Ponta das Canas, el mayor monumento autóctono de la isla de Florianópolis, en la costa central de Santa Catarina. Mezcla de cementerio, lugar de culto, torre de observación y comunicación, los sambaquíes forman, junto con las representaciones rupestres - imágenes grabadas en la roca en enormes paneles - las manifestaciones culturales más fuertes de los sambaquíes. Esta población vivía con abundancia de alimentos en la región, en una sociedad estable de audaces pescadores, asentados en la zona muy dentada de la costa, con cuencas, puntas, costas e islas, utilizando la riqueza de las conchas como material de construcción y dejando como mensaje sus misteriosas inscripciones para el futuro: los grabados rupestres. Estas inscripciones de significado desconocido son únicas en la costa de Brasil. Una más de las características de este pueblo que comienza a revelar la investigación arqueológica, que hoy ya sabe mucho sobre los hábitos y actividades de los “hombres sambaquíes” aun con la falta de incentivo a la investigación, lo que convierte el trabajo arqueológico en un compromiso de rescatar lugares en riesgo de destrucción, debido a obras públicas, turistas, gente desprevenida, desarrollos inmobiliarios e incluso la fuerza del mar que ignora los cinco mil años de Sambaqui de Pontas das Canas y, en un solo movimiento, destroza la milenar estructura.

– ¡Yo no creo! Todo se derrumbó.

El rostro de Gabriela y los brazos en continuo movimiento indican el nerviosismo del momento. Frente a la joven arqueóloga, el Sambaqui de Ponta das Canas presentaba un inmenso cráter, como si hubiera recibido un mordisco gigantesco de la pared de más de 15 metros que se apoya contra una colina desde hace miles de años. El mar que lentamente se acerca al lugar ya iba quitando lentamente trozos del inmenso sambaqui. Pero nada como de esta vez.

– Cuando estuvimos aquí durante el proyecto "Florianópolis Arqueológica", estimamos la altura del sitio en 19 metros, el largo en 89 metros y el ancho en 45 metros, correspondientes a una superficie de 2000 m². Pero, por supuesto, esta estimación está lejos de ser exacta. Sólo utilizamos observaciones de material aflorante en la superficie y perfiles expuestos. Todavía tenemos mucho que investigar en este sitio. No puedo creer que esto esté sucediendo ahora, después de tanto tiempo – dice Gabriela Oppitz, con las manos nerviosas, mientras intenta racionalizar la destrucción y pensar en una forma de salvar el sambaqui que pretende estudiar en futuras investigaciones.

La arqueóloga camina de un lado a otro del tramo de aproximadamente 10 metros afectado por el derrumbe que pone en peligro el sitio arqueológico. Estuvimos allí

hace un año y la situación era diferente. Muy cerca del suelo, el mar ya cavaba, pero lentamente. Entre muchas conchas, vimos un fragmento de hueso humano, procedente de un entierro. Pero fue sólo una franja de menos de un metro la que sufrió la acción de la marea alta. Ahora el desgaste es inmenso, tiene casi dos metros de altura. Frente al sitio hay una roca desprendida. Pero no es una piedra. Es un gran fragmento del propio sambaqui. De cerca se puede ver que está hecho de conchas, arena y huesos. Los huesos más fácilmente reconocibles son los de ballena, identificados por Gabriela, que revisa el sitio para tratar de encontrar fragmentos de cerámica, otros huesos y, talvez, incluso artefactos de piedra. El litoral en este punto está muy fragmentado. La sucesión de playas y colinas revela, de cerca, un patrón fractal de piedras, pequeñas calas y rocas que se equilibran en formas que Salvador Dalí habría imaginado. Son playas que sólo aparecen cuando baja la marea. Una estrecha franja de arena de unos pocos metros de largo, salpicada de rocas.

Ahora recuerdo que en su primera visita a Ponta das Canas, un año antes de la destrucción, Gabriela comentó: hay un grabado rupestre cerca. Estábamos mirando a Sambaqui por primera vez. Para llegar al lugar se gira a la derecha en la playa, pasando por una cueva hecha de conchas elaborada para albergar la estatua de Yemanjá. Hay pequeñas imágenes, colocadas al fondo de la cueva, azules, hermosas, sostenidas por un Jesús y un ángel con una espada en mano – y también un altar que alberga, en el centro, un cristal rectangular, rodeado por un collar de cuentas negras.

Al lado, un coral en una extraña formación también recibe guías y decoraciones en la plataforma cubierta con sebo de vela derretido. Más adelante, saltando de roca en roca, se empiezan a ver en la orilla, algunas rocas, las marcas de círculos perfectos, profundos, en forma de cuenco, donde la roca fue moldeada por la propia roca, suavizada por el agua.

– Aquí hay un taller – señala Gabriela, mostrando los “talleres líticos” que ocurren a lo largo de toda la estrecha orilla de una cala que deja el mar templado y prácticamente libre de olas gracias a la protección de islas como Francês y Arvoredo, además de las hendiduras naturales de la costa.

Es el mar apacible el que deleita a los turistas de todo el mundo en verano y que ha deleitado a las poblaciones costeras desde hace al menos cinco milenios. Además de los talleres, el paisaje revela un perfil único en la ladera devorada por la marea: una infinidad de conchas, envueltas en guijarros, fragmentos de huesos y tierra oscura. Esta mezcla básica fue durante milenios la materia prima para la construcción que desafió el tiempo y construyó los hitos más importantes de la costa brasileña: los sambaquies. Estas peculiares construcciones marcan la costa de Brasil y del mundo. Hay sambaquíes de los más variados tamaños. El de Ponta das Canas se construyó desde la playa hasta la ladera de la colina y ahora tiene casi 20 metros de altura, con gran parte cubierta de vegetación, lo que crea confusión visual. La principal característica del sambaqui, sin embargo, está en todas partes, dándole la apariencia de un mosaico blanco y negro: conchas, guijarros y huesos. Pero sobre todo conchas.

Este uso de conchas como material de construcción condujo al desarrollo de una teoría que ahora ha sido abandonada en el mundo académico. Los inmensos basureros serían meros depósitos de desechos de conchas utilizados como alimento. La idea, presente, hasta hoy en sentido común, fue descartado definitivamente por investigaciones arqueológicas que demostraron la estructura de los sambaquis, con entierros,

restos de hogueras y huesos de diversos animales, demostrando que la cultura de los pueblos costeros era muy diferente a la historia contada hasta entonces. Hoy sabemos que el Sambaqui es mucho más. Los conchas son expresión de una cultura que existe en la región del litoral central de Santa Catarina desde hace más de 5000 años. No eran nómadas, sino sedentarios. Mi imagen es la de un artista que vivió en y para el agua, el mar y los lagos. Enterraban a sus muertos en templos construidos con conchas, en un trabajo paciente y organizado que duró de cientos a miles de años. La presencia es tan significativa que, milesde años después, sus obras siguen aquí. Nada de lo que hizo el hombre europeo tiene tal alcance y duración.

Junto a la playa de Ponta das Canas, un pequeño banco de arena indica la posible existencia de una laguna hace miles de años (paleo-laguna), creando las condiciones perfectas para que se asentaran los hombres sambaqui. Mar, laguna, colinas y bosque. Y muchas conchas, piedras y materiales de construcción: perfectos para construir monumentos para el futuro. El lugar recibió su nombre debido a la gran presencia de bosques de bambú. Cuando sopla el viento, las “cañas” se frotan y crujen, en un feo desorden, sin ritmo. Para disimularlo, sacuden el follaje con ligeros silbidos verdosos, reteniendo el viento y soltándolo en un silbido uniforme que tapa la vergüenza del chillido desafinado del batir de los delgados troncos que se amontonan en el suelo, golpeando entre sí hasta la altura del follaje. Los “cañes” son las paredes naturales de los refugios en la mezcla de playa, bosque y mar. La línea sinuosa, verde y oscura de las colinas al final de la bahía ha sido la misma durante milenios. Obtuvo una barra blanca, claro y deforme de edificios irregulares, como una profunda cicatriz en el cerro. Estas son las playas de Canasvieira y Jurerê.

La isla del Francês también aparece a la mitad del camino. La encima del sambaqui es hoy utilizada por los pescadores para observar la entrada de salmonetes a la bahía. Encima del basurero hay una silla de plástico, con una pequeña techo de madera levantado sobre pilotes.

– Esta visión era la misma. El otro día estuvimos aquí y vimos salmonetes. entrando y los delfines a la vuelta. El pescador grita desde aquí a los que están en la playa, mientras las embarcaciones comienzan a perseguir al cardumen. No hay razón para no creer que esta costumbre no sea muy antigua. En los Sambaquis tenemos muchos huesos de peces, delfines, tiburones y ballenas – dice Gabriela, mirando en el horizonte el mar en calma, que siempre ha dado y aun sigue dando mucho alimento.

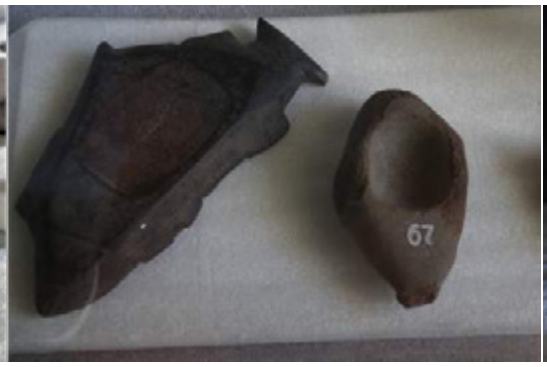
Las investigaciones arqueológicas apuntan a 17 registros de Sambaquis en la isla, pero puede haber muchos más. Faltan recursos para futuras investigaciones. Pero no es solamente eso. La dificultad es romper el olvido de más de 500 años que nos han legado todas y cada una de las actividades de los pueblos autóctonos. Los portugueses y las hordas de colonos que los siguieron siempre dudaron de la existencia de “civilizaciones” en América. Y así, destruyeron lo que encontraron sin culpa. Pero ningún sistema es perfecto. Las imágenes persisten. Para comprender la complejidad de la organización social de los sambaquianos se necesita un equipo de investigadores de diferentes áreas. Antropólogos, biólogos, historiadores, genetistas tienden puentes con la arqueología para mostrar quién fue el hombre de Sambaquí. Luciane Scherer es bioarqueóloga, especialista en “hablar” con esqueletos y extraer detalles que ayuden a formar un rompecabezas al que le faltan muchas piezas.

– Ya hemos investigado grupos de esqueletos de Sambaqui y hay muchas cosas semejantes, con las mismas lesiones. Algunas, sobre la clavícula, son muy características. Está asociado a la actividad de remo. Entonces estos individuos estaban remando. Podría estar cerca de la costa o más lejos. Porque tenemos sambaquíes en islas adyacentes: de los Corales, del Arvoredo y del Campeche. Ellos debían tener un gran conocimiento de las condiciones del mar, del clima, de por qué se trataba de remar. Las extremidades superiores de estos individuos fueron muy utilizadas. Esto debe estar relacionado con actividades dirigidas a para el mar, como pescar, remar y también utilizar los brazos para tirar la tarraya. Hay muchas posibilidades - explica la investigadora de la UFSC en su laboratorio MARQuE, lleno de esqueletos y fragmentos óseos en un proceso de selección extremadamente organizado.

Luciane es categórica al afirmar que “era un pueblo que remaba mucho, un pueblo de mar”. Y señala otras características en estos esqueletos: la “exostosis de los huesos del canal auditivo”, que es un pequeño hueso que crece dentro del canal auditivo y se asocia con el agua fría y los vientos fríos. Hay un porcentaje relativamente grande en estos grupos. Y podría estar asociado a este contacto con el agua o incluso al buceo. En las poblaciones actuales, esta lesión aparece en surfistas y buceadores. Al estudiar los esqueletos también es posible descubrir pistas sobre la dieta y la esperanza de vida. Los sambaquianos vivian al menos 50 años, eran de baja estatura, no pasaban de 1,6 metros de altura y se alimentaban básicamente de pescado, acompañado de la caza de pequeños mamíferos de la región y la recolección de frutos, raíces y, por supuesto, los abundantes moluscos y crustáceos de las lagunas y paredes, costas, lugares visitados anualmente por lobos marinos, tiburones y ballenas. Los huesos de estos grandes animales también se encontraron en los entierros, en forma de utensilios, herramientas y adornos. La colección MARquE (UFSC) contiene muchos de estos objetos. La colección es variada y reúne todos los aspectos de la vida de los sambaquianos que han sido investigados hasta la fecha. Una rica colección que revela aspectos de la vida de los pescadores prehistóricos, artistas de la piedra que esculpieron bellas formas, mezclando objetos utilitarios con obras de arte.

Los collares de dientes de tiburón añaden un toque especial a la colección del museo Homem de Sambaqui, al igual que los grandes huesos de ballena, fabricados en utilitarios con forma de contenedor. Y las hermosas esculturas llamadas zoolitos, especialidad de investigación de Jefferson Batista García, arqueólogo y responsable del

museo, un edificio centenario en el centro de Florianópolis, sede del Colégio Catarinense, vinculado a la orden de los jesuitas. Allí trabajó durante más de 40 años el controvertido padre Rohr, el mayor excavador de sitios del país. Cuenta la leyenda que debido al culto a una imagen en la piedra que parecía un santo, el sacerdote, aún no iniciado en la ciencia europea de la arqueología, extrajo, utilizando dinamita, la piedra con inscripciones y la llevó al Colegio Santa Catarina. Años más tarde, su propia actitud lo llevó a repensar sus actividades, llevándolo a dedicar el resto de su vida a comprender las sociedades tradicionales de la costa catarinense. La colección que recorrió es impresionante. Los esqueletos extraídos de varios sambaquies, los artefactos, los utensilios, los grabados rupestres, los cráneos y los zoolitos forman un mundo separado y atemporal con la arquitectura local.



Encrucijadas de formación de significados que pueblan las vidas de aventureros que se sumergen en culturas ajenas a su lugar de incomodidad eurocéntrica. Aún con la dispersión del culto al “santinho”, la localidad aún hoy lleva el nombre de Costão do Santinho, albergando un resort de lujo que utiliza el nombre y el logo basados en los registros gráficos de grabados rupestres. Para Jefferson y el personal del museo, todo lo que involucra a la gente de la costa es fascinante y motivo de acalorados debates. Un ejemplo son los zoolitos, fantásticas esculturas realizadas en piedra, obras de arte prehistóricas.

– Los zoolitos fueron encontrados en un entierro femenino, en Praia do Pântano do Sul, en 1975, por el Padre Rohr. Una característica de este pueblo es la tecnología desarrollada al pulir sus piedras. Estas piezas son un rasgo de identidad. Hay una gran cantidad de detalles que llaman la atención, como las hojas de las hachas y las tambetas, los adornos de los labios. Y los sambaquianos de esta época eran “políticamente correctos”, pues utilizaban todo lo que recolectaban. Las vértebras de las ballenas eran sartenes, los dientes de tiburón eran collares - ejemplifica Jefferson.

Los sambaquis más antiguos de la isla de Santa Catarina son los de la playa de Rio Vermelho, de 5.020 años, y el de Pântano do Sul, de hace 4.600 años. Los grandes sambaquíes, que miden más de 20 metros, se concentran en la región costera sur de Santa Catarina. Entre la base y la cima hay fechas que muestran una variación de 2 mil años. Es decir, durante todo este periodo, la sociedad que los construyó utilizó la estructura. Una pregunta que aún no ha sido respondida es por qué se cerró la construcción alrededor del año 1000. La teoría más aceptada hoy en día es que hubo una gran interacción con otras poblaciones que llegaron a la región. Como hasta la fecha no hay evidencia de violencia en los esqueletos, es probable que se hayan producido cambios graduales en los hábitos. Otra muestra de que la civilización Sambaqui hizo una transición pacífica al encontrarse con otros grupos que llegaron a la región, siendo los más conocidos los de la llamada familia lingüística Gê (Jê), que estuvieron en la región hasta alrededor del año 500 d.C., cuando se enfrentaron. adelante con la expansión de los guaraníes.

Desde el centro de la ciudad, a través de la isla hacia el lado norte, el paisaje es impresionante. El mar en calma, las calas y las islas dan la bienvenida a la vida. Durante muchos años. La costa es acogedora y albergó una sociedad organizada durante más de 5 mil años antes de la llegada de los navegantes portugueses y españoles. La palabra clave es diversidad. Ambiental y humano. Y los sambaquis simbolizan esta ocupación. Los montículos de conchas y los talleres líticos para la producción de artefactos de piedra utilitarios y adornos muy elaborados como los zoolitos son, junto con los grabados rupestres, los tres principales legados de los pescadores prehistóricos que construyeron una civilización única, sustentada en la abundancia de alimentos, la política de estabilidad y una ciencia incomparable que les permitió establecer sus asentamientos en la región costera central de Santa Catarina durante miles de años. Señores de las aguas, demarcaron las islas y calas con sus inmensos sambaquies. Pero hay más. El segundo misterio de la región son los grabados rupestres. Este panorama se analizará a continuación.

SEGUNDO PAISAJE

El arte en la piedra

Dentro del barco, en su espacio más bajo, como el vientre de una ballena franca, nos balanceamos de un lado a otro mientras las sacudidas de las olas atravesadas por el barco se cortan, una tras otra, impulsadas por el motor que tic tantea. indefinidamente. Las manos del timonel bailan en un ballet casi imposible, entre rápido, preciso y casi inmóvil. Gira un poco a la derecha. Para. Vuelve en la otra dirección. Devoluciones. Avanza en la misma dirección. Devoluciones. Suelta el timón durante unos segundos, volviendo al contacto de sus dedos con una suavidad regañona. Va y viene. Es la sutileza de que el mar nunca podrá dejar de ser. Ir y venir. Va y viene. Con mayor o menor suavidad. Cada movimiento. Navegar por mar es estar en el equilibrio ancestral que siempre ha existido. Quienes se enamoran de este balanceo nunca lo olvidan y viven su vida en intervalos de regreso al acogedor balanceo de las incansables aguas.

Dentro del vientre imaginario, me acurruco en un rincón, con la mano sangrando, presiono el corte con un trozo de esponja sucia y pienso y lloro por las mareas cálidas. Las pequeñas ventanas del barco cortan el suelo de madera en interesantes momentos de luz y sombra.

Iluminación e introspección. Ver y esconder. El día fue espectacular. La travesía en barco, tranquila aparte del movimiento mecido por el ligero viento que soplaba “más

al sur", a principios de invierno, al margen de las calas que cortan la isla hacia el lado del inmenso Atlántico, un colosal desierto de interminables aguas. Hombre y mar, en actividad, unidos para siempre por la vida y la muerte. No hay imagen más fuerte que la del hombre y el mar. No hay mejor escenario para que el pasado se enfrente al futuro. Una playa en una isla, el hombre y el mar, en su antiguo juego de dar y recibir. En el corto trayecto de ida y vuelta desde la playa de Armação hasta la isla de Campeche, nadie permanece impasible. Fuimos y veníamos y otro paisaje inundó de imágenes mi mente y la de Charles, el coleccionista de imágenes. El día fue fantástico. Comenzó muy temprano, amenazado por nubes que podrían poner fin a la búsqueda del Secreto de Sambaqui antes de que comenzara. Si llovía, no se podría cruzar.

Pero era necesario llegar. Necesitábamos encontrar el barco que saldría hacia la isla de Campeche puntualmente a las 10 am. Tan pronto como pusimos un pie en la playa de Armação, alrededor de las 9 de la mañana, pronto nos sumergimos en peces. Un hombre corpulento, en chinelas, carga una cesta llena de salmonetes y otros que rápidamente son disputados por un grupo de unas quince personas que rodean a los dos pescadores que se adentran en el oscuro pasillo bordeado de casitas que conduce a la playa, como si en un túnel hacia el horizonte abierto del mar, justo delante de la playa donde descansa una flota de barcos pesqueros de los más variados calados, colores y formas. La algarada es grande. Todo el mundo quiere pescado.

– ¡Necesito la báscula! Tráelo pronto.

– ¿Trajiste una bolsa? Necesito una bolsa para pesarlo.

– ¿Cuanto es? Quiero tres de estos aquí.

Allí, la madera en forma de barquitos de colores espera el momento de cobrar vida al ser puestas en agua, un líquido mágico que transforma al hombre en un hombre-pez de madera que mata peces. Quienes buscan el pez desconocen la ascendencia de este ritual. Las señales que abren ventanas al pasado marcan el lugar donde, en 1780, "armaban" los barcos para pescar ballenas. La pesca de la ballena gigante era la principal actividad y sustento de la población que sacaba su alimento del mar y vendía el aceite para que las calles de Río de Janeiro tuvieran luz y el viejo emperador pudiera leer sus libros. Durante miles de años, la ballena ha fascinado y desafiado a los pequeños hombres, acercándose a la costa como lo hacen las ballenas francas por estos lugares. ¿Será que estos puntos, demarcados durante mucho tiempo como lugares de pesca a lo largo de la costa, tuvieran relaciones con los inmensos cetáceos? Preguntas que me conmovieron en el mar de asombro que ofrece quien hurga en el pasado. Astutos y esbeltos fantasmas insistían en hacerse visibles en rápidas sutilezas que probablemente se vean con el rabillo del ojo, en momentos de atenta vigilia de la vida cotidiana. Pregunto por el barco que va a la isla de Campeche, pero me dicen que regrese a la calle, a una pequeña oficina con carteles informativos y turísticos, invitando a los vacacionistas a visitar el paraíso de aguas verdes y arena suave llamado Isla de Campeche por precios muy caros.

Pero los carteles que me llaman la atención son para sumergirme en el tiempo anterior a todo esto. El tiempo salvaje, aún no domado por convenciones artificiales, distinto del ciclo de la naturaleza, dueño del poder demarcador. Una época tan dura que sólo podía quedar marcada con piedra. Vivamos la cultura de la piedra. Al inicio de la galería de los pescadores, una pieza discreta que tiene una puerta a la calle angosta donde un cartel indica la diferencia del lugar con relación a las demás casas, todas ellas vinculadas a las múltiples actividades pesqueras. Isla de Campeche, patrimonio arqueológico catalogado por Iphan. En la pequeña oficina apenas caben una mesa y una maqueta, con dos personas adentro. Allí, un joven que acababa de llegar en bicicleta me muestra una maqueta y me indica dónde veremos los grabados rupestres. Aquí está el puente entre dos mundos que se encuentran. Hoy en día, el ocio en una isla de playas paradisíacas lleva a miles de turistas durante toda la temporada estival a disfrutar de

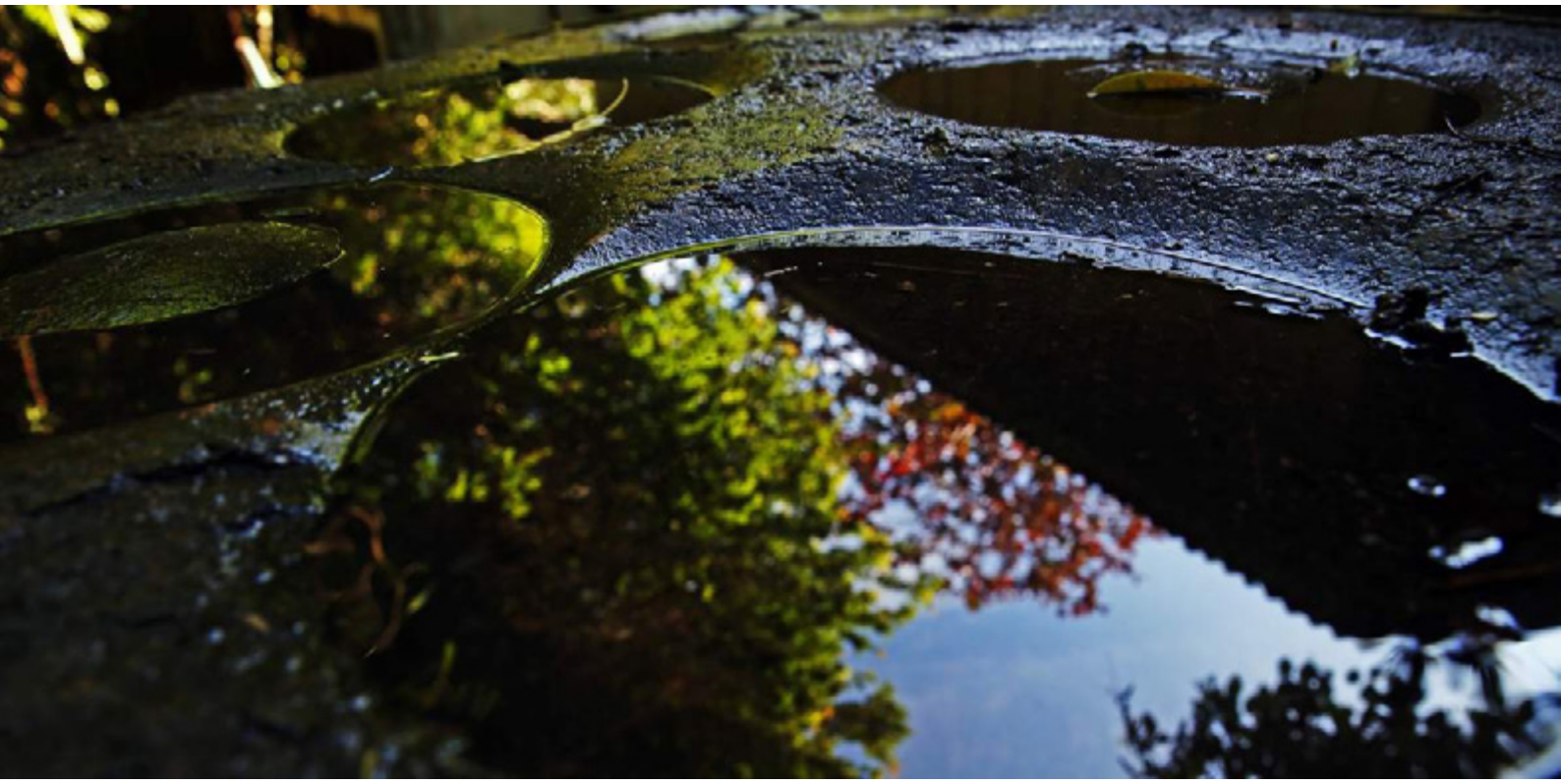
la isla. Pero, como en muchos lugares de la isla de Florianópolis, el pasado invade el presente, con insolencia, reconfigurando paisajes de playa que se convierten en sitios arqueológicos. Depende de quién mire. Depende de lo que estés buscando. En aquella mañana, el chico de la camisa azul no parecía buscar nada en particular. Preguntó si iríamos a la isla en el barco de la asociación. Dice que si.

– Entonces vayamos al embarcadero, que son puntuales – dice, mientras deja la bicicleta dentro de la diminuta oficina y se pone la mochila a la espalda y las gafas de sol en la cara – Es por aquí – me indica y acelera el paso. Le hago una señal a Charles que estaba fotografiando los graffitis de la entrada y cruzamos la galería hacia la playa, siguiendo por medio de los barcos hasta acercarnos a un camino que, entre piedras y escalones de madera, conduce al muelle. Justo en las escaleras de acceso, un gran cartel verde refuerza la información sobre el destino: Isla de Campeche, patrimonio arqueológico catalogado por Iphan SC. Voy hablando con el guía Lucas y su colega que se unió al grupo. Charles se queda atrás, tomando fotografías. En el muelle de madera de la playa de Armação, un grupo de no más de 10 personas se embarca para realizar la travesía. Llevan hieleras, fardos de comida, mochilas, equipos y comida. Se saben el destino de memoria. Pertenecen al clube. Desde 1940 la isla de Campeche está ocupada por una asociación. Ya ha habido mucho allí. Pescar, pescar, pescar. Durante muchos años. Hace miles de años. La gente en el barco dice que se van. Ahora. Abordamos.

El sol abre un círculo bochornoso que brilla a las 10 de la mañana. No lloverá. Al menos no aquí. A medida que el barco se acerca a la isla de Campeche, después de 40 minutos, la pequeña playa rodeada de vegetación comienza a ofrecer su arena blanca a los pies que descienden sobre la isla. Cuantos han mirado este mismo paisaje. Cuántos pensamientos en un torbellino de ideas que se han transmitido de generación en generación sólo por la fuerza de imagen. Verde y piedra. Arena y mar. Es un lugar único y a la vez todas las playas de la humanidad. El barco se acerca lentamente. Finalmente, apague el motor. La cuerda se lanza a quienes aparecen en la playa, dirigiendo el amarre a un punto predefinido que sólo los marineros pueden identificar. No hay almacén. El agua es tan verde y la arena tan blanca que sería un crimen no meter los pies descalzos en ella. El sentimiento es de felicidad, incluso para los señores mayores, pescadores jubilados que pasarán el fin de semana en los alojamientos que aparecen en medio de la alta hierba. Pies descalzos en la arena de la playa y las inevitables huellas de pies,

otra escena clásica que devuelve a los tontos hombres modernos de vacaciones un poco de decencia innata.

Aquí en esta isla vive un secreto. En apenas unos kilómetros se encuentran más de 167 grabados rupestres y talleres líticos, en nueve yacimientos arqueológicos ya catalogados, realizados por los primeros habitantes de esta región, en asentamientos que nunca han sido fechados científicamente. Mientras seco mi ropa al sol, sobre la arena, sigo divagando. “Estos muchachos sabían elegir dónde vivir”. En la isla de Campeche se pueden encontrar grabados rupestres a lo largo de los acantilados que conforman la margen occidental de la isla, siempre orientados en dirección del amanecer, hacia el mar abierto. Las imágenes, llamadas paneles o carteles por los pescadores, pueden verse claramente desde el mar. Desde la pequeña cala que sirve de playa y es utilizada por pescadores y turistas hasta el otro lado de la isla, donde se encuentran los primeros grabados, se tarda poco menos de 20 minutos a pie, por un camino fácil. Ni siquiera nos alejamos de las casas, incluida la que sirve de refugio para los guías de Iphan, y nos topamos con la primera marca.



Junto a un inmenso árbol, en el suelo, varios círculos llenos de agua son como espejos encima de una roca baja. El lugar está identificado por un pequeño cartel: taller lítico, sitio arqueológico. En este lugar, por fricción, los sambaquianos dieron forma a la piedra,

puliendo y moldeando sus artefactos creativos y artístico- funcionales. Lucas informa que en la isla y en otros lugares los restos se encuentran siempre en tres: sambaquies, talleres líticos y grabados rupestres. Seguimos adelante, cuesta arriba, como siempre.

Los árboles del bosque proporcionan una sombra eficaz. Y el olor del araçás es fuerte y dulce. El ambiente está como en penumbra, hasta que aparece un claro entre las rocas, llenando de luz los cañones que apuntan hacia el mar abierto. Mar azul, con olas que chocan contra las rocas. De este lado no hay playas de arena. Entre los acantilados caminamos hacia los paneles, descendiendo por los acantilados, donde sólo quedan vegetación baja y pajaritas de espinas, llevados por Lucas. Hay gente que simplemente lo sabe. A otros les gusta lo que saben. Lucas es del segundo grupo. A los 8 años estuvo por primera vez en la isla, siendo niño, llevado por su familia, pescadores. Un tío fue quien le mostró por primera vez los grabados. Y hasta el día de hoy, Lucas sigue impresionado por ellos y por el significado desconocido de lo que quedó grabado en la roca hace tantos milenios.

El “letrero” y la “máscara” son los grabados más conocidos y emblemáticos de la Isla de Campeche. El primero es una roca vertical de unos 15 metros de altura, situada en la zona central de la isla, en el este. Un panel inmenso que se ve desde el mar. En él se muestra diversa información dispuesta en líneas, una sucesión de triángulos y rombos, puntos y cuadrados, líneas y algunos círculos concéntricos. La ubicación es de difícil acceso. Los grabados apuntan al horizonte, indescifrable, reverberando sus imágenes en las olas que rompen justo debajo, en el mar azul claro, tan azul claro como la camiseta que lleva Lucas, donde el estampado hace referencia al cartel que me señala. con su mano con dedos cortos y fuertes. El guía habla en oleadas de frases que golpean mis

tímpanos de forma ligera e intermitente, formando una visión y un ritmo del mar en mis pensamientos. La voz del isleño es la traducción humana del ritmo del mar. Las palabras van y vienen formando imágenes como las olas forman imágenes en las rocas. Cada día, cada segundo de cada segundo, los hombres y mujeres que construyeron los Sambaquis marcaron las rocas diabasas, utilizando instrumentos de piedra, en movimientos repetitivos que demandaron horas y horas de trabajo frente al mar que los inspiró y marcó su existencia.

Si bien los sambaquies y sus entierros ofrecen algunas respuestas y muchos misterios, los grabados rupestres arrojan muy poca luz sobre nuestra comprensión de los momentos oscuros del pasado. Para la arqueóloga Fabiana Cormelato, que escribió su tesis doctoral sobre las “representaciones rupestres” de la costa central de Santa Catarina, donde realizó un estudio detallado de los sitios de la costa central de Santa Catarina, las inscripciones son una expresión de la imaginación. de quienes las crearon, aunque la imposibilidad técnica de datar la piedra no nos permite decir quién hizo realmente las inscripciones ni cuándo las hizo. Pero son ventanas al pasado. Un código visual común de estos pescadores prehistóricos.

− La representación es algo que la persona idealizó, imaginó y ella la proyecta la imagen mental sobre el soporte, sobre la roca. Este grupo compartía un código visual común. Por eso vemos la repetición de formas geométricas, tanto en tamaño como en las formas mismas. Allí existe una cultura común – explica la arqueóloga.

Para Fabiana, aunque las inscripciones encontradas hasta la fecha se restringen a la zona costera central, se necesitan nuevos trabajos de investigación para verificar,

a lo largo de la costa y las islas, qué podría revelar nuevos descubrimientos. Sólo la arqueología puede acceder a este paisaje. Hoy, en la vida cotidiana de la población, este paisaje no se percibe y no hay diálogo con los sitios. Uno de los pocos intentos de romper esta "memoria del olvido" de las poblaciones originarias fue la inclusión de la isla de Campeche por parte del Iphan, en el año 2000, lo que resultó en intervenciones para que el patrimonio arqueológico de la isla tenga un más fácil acceso a través de senderos y el acompañamiento de guías acreditados todo el año.

– Esta imagen lo tiene todo. Lo llamamos máscara porque estos dos los diamantes se repiten formando ojos – dice Lucas Pires, bisnieto del capitán Isídio Pires, uno de los primeros portugueses en la playa de Armação, de la época de la pesca de ballenas, mientras me explica las líneas que se encuentran en el bloque perfectamente liso de Roca de unos 2 metros de cara donde mis dedos tocan los surcos que forman las figuras.

La superficie de la roca no presenta protuberancias. Es muy suave en los surcos. Estoy impresionado. Mis dedos recorren el camino de la imagen y, lentamente, las puntas de mis manos perciben la fría superficie. Los gestos que hago con mis dedos no son míos, no tracé esas formas. Me quedo cerca del pasado haciendo un gesto que no es mío. Imposible decirlo. Pero la marca existe. Se hizo admirablemente en un esfuerzo de piedra sobre piedra. Esta imagen habla de mi imaginación, no de mi razón. Felizmente. Por eso utilizo todos mis sentidos para sentir el momento del mar sobre la roca, de la ola que salpica la piedra y traza estelas milenarias, interminables, en una comprensión del tiempo mucho más infinita que la razón humana. Si el mar escribe en la roca, ¡¿por

qué yo no puedo hacerlo también?! Y está la marca millennial. La ciencia occidental moderna ni siquiera puede fechar la época de esta inscripción. La datación por carbono 14 es inútil para piedras. Los círculos, líneas y puntos están ahí, esperando una clave que no existe. No hay interpretación, sólo sentimiento. Y imagen. Allí estoy, colgado en una orilla rocosa hablando con Lucas, bajo el sol del mediodía, como si nuestras vidas dependieran del resultado de esta prosa interminable. Y desde lejos, en el objetivo de su cámara, Charles capta nuestras imágenes. El sol y la piedra calientan la temperatura. El cielo, inexplicablemente azul. Las nubes raras calman nuestras caras sudorosas. Hora de la entrevista. Saco la libreta del bolsillo, el lápiz y me siento, quitándome la gorra para secar el agua salada que gotea de los pocos pelos pegados.

– ¿Qué cambió con la inclusión de la isla en la lista del patrimonio cultural?

– Antes no había control. Muchas cosas fueron vandalizadas, pintadas. Ahora es obligado que la caminata sea monitoreada. Y hay un número controlado de personas. Ochocientos al día.

– ¿Ha cesado ya la depredación?

– Está más controlado. Todavía lo hay, pero no es mucho. Nos unimos con el visitantes y los acompañamos en el camino. Pero hay barcos privados que también desembarcan. Y luego permanece desatendido.

– La “máscara” nunca fue depredada.

– El único daño que sufrió fue que lo volaron, lo dinamitaron, fue una invasión española, pensaron que debía haber algún tesoro dentro de la roca. Y ésta es una de las pocas que no está voltada hacia el mar – explica Lucas, mostrando que uno de los extremos de la piedra estaba claramente “arrancado”.

– ¿Tú que vives aquí, sientes como si todo esto fuera parte de tu historia¿ Un descendiente de los que hicieron estos grabados en la roca – me atrevo.

– Me siento más como un invasor de su historia…como el el pueblo de los sambaqui, aquí en la costa, fue invadido por los Gês, y los Gês por los guaraníes, y luego los portugueses, ahora sentimos que estamos aquí invadiendo la cultura de otro pueblo, y ni siquiera sabemos lo que significa. Alguien necesita encontrar una manera de preservarlo, ya que sufrirá erosión y tarde o temprano acabará desapareciendo. Y quien lo vio hoy, no lo verá mañana – advierte Lucas, demostrando fatalidad y preocupación por el destino de los monumentos que tanto le importan.

Es una advertencia de una persona que siempre ha estado fascinada por los grabados. Por eso hoy es monitor ambiental y conductor. Realizó el curso de Iphan para acompañar a turistas. Y comparte tu fascinación e interactúa con personas de todo el mundo que vienen a descubrir este patrimonio. Lucas me cuenta que los turistas europeos llegan a la isla de Campeche ya conociendo los registros. Y hablando de otros similares repartidos por todo el mundo. Los turistas nacionales todavía se limitan a los encantos de la playa, el sol y la cerveza. Hay otros sentidos.

Hoy en día, los investigadores ya no intentan descifrar el significado perdido durante milenios. Sin embargo, su análisis exhaustivo nos permite dilucidar muchos aspectos de la elaborada composición. Estas inscripciones revelan que la población tenía grandes conocimientos de matemáticas y geometría. Las formas geométricas son idénticas y alineadas. Hay una inversión de la figura, como en un espejo, traslación (repetición de la forma) de lado a lado o retracción (al revés), secuencias de líneas en zig-zag que algunos llaman máscara.

– Entonces tenemos rotación, traslación, simetría y progresión geométrica. Y muy rígido y preciso. Y son horas de trabajo, de picar y luego pulir. Es probable que este pulido haya contribuido a la conservación – afirma Fabiana, que en sus muchos años de investigación recorrió gran parte de esta costa.

El mar no se cansa. La gente de Sambaqui era como el mar y nunca se cansaba. Durante horas, las piedras elegidas fueron “recogidas” o “pulidas” con instrumentos líticos.

Piedra contra piedra, las manos fuertes producían el sonido que llegaba a la isla, a diario. En los talleres se prepararon los artefactos para luego tallar las rocas diabasa, que se forman en extensos diques en el lado oriente de la isla de Campeche. Son diseños diferentes. Algunas son sucesiones de líneas rectas y círculos, otras son elaboradas figuras geométricas. Y los grabados no pueden pensarse aisladamente, sino como un todo y en su situación geográfica.

– Si colocas estas inscripciones en el mapa y comienzas a asociarlas con geografía, está claro que además de esta gramática plástica común, permiten intervisualizaciones entre diferentes puntos, precisamente porque esta línea de costa está más dentada. Y las inscripciones acaban por darnos una idea de integración, de una población que residía en este tramo, pero que estaba integrada por el paisaje, la geografía y esa gramática plástica común. Lo que indica una organización social más compleja. Tienes a toda la población dispersa y, al mismo tiempo, unida por vínculos y redes de intercambio, incluidas personas, matrimonios, en definitiva – explica la arqueóloga Gabriela.

La sucesión de playas y colinas revela, de cerca, un patrón fractal de piedras dispuestas en pequeñas calas, rocas que se equilibran en formas inimaginables. Son playas que sólo aparecen cuando baja la marea. Una estrecha franja de arena de unos pocos metros de largo, salpicada de rocas. Y los grabados están ahí, la gran mayoría de ellos orientados al este y visibles para quienes navegan por las costas de las islas y costas en barco. Es un patrimonio relegado al olvido.

– Quinientos años de destrucción colonial y en la modernidad no es posible percibimos esta diversidad antes de 1500. No podemos comprender esta memoria del pasado que son los sitios. La monumentalidad de un sambaquis es tan representativa como la de una pirámide. Hay un impacto visual en el paisaje. Arriba de un Sambaqui tienes control total del paisaje, 360 grados. Se trata de sitios reconocidos internacionalmente a los que Brasil aún no ha dado el debido valor. La experiencia de las poblaciones lleva a repetir los mismos lugares de pesca. Los mismos lugares durante miles de años. La relación en el paisaje es muy evidente. La ocupación del territorio por los sambaquianos siguen siendo tímidos recuerdos de los que podemos reapropiarnos. Los jóvenes necesitan experimentar el patrimonio. El encantamiento es otro. Sin participación comunitaria no hay preservación del patrimonio arqueológico – provoca Fabiana, comparando la investigación arqueológica en Brasil con la del extranjero.

La piedra alberga grabados que fueron realizados con duro y lento trabajo por aquellos que no tenían prisa en el alma. Hace 7 mil años ya estaban en la costa. A los sambaquianos les gustaba la belleza. Y grabaron sus vidas en la roca, con la roca. Pasaron miles de años y el lugar, marcado para siempre, atrajo a navegantes de todo el mundo a esos maravillosos paisajes. Ahí estaba la indicación. El camino estaba marcado con carteles gigantes que no requieren traducción. Allí están. Esperando tomar el cruce del tiempo. Quienes vivieron en este paisaje tenían una imagen del mar, rocas, bosques, peces y una increíble variedad de animales marinos. Por la noche, un cielo inundado de estrellas, planetas, cometas, danzaban sobre sus cabezas como la infinita inmensidad del pensamiento.

Cuando desembarcamos, de regreso a la playa de Armação, después de un día lleno de ideas e imágenes, caminamos en silencio por la playa. Lucas y su colega se despiden. Al lado, en el agua, un grupo de chicos pusieron un bote en el agua para ir a pescar.

– ¿Puedo ir contigo? - pregunta el chico fuerte, de no más de 13 años, pies descalzos corriendo por la playa hasta el barco.

– Ven – responden desde el barco.

Y el niño se sube rápidamente, sin demora. Él también es del mar. No vaciles.

Senderos sin fin

Rodrigo Dalmolin estaba sentado solo en un pequeño banco de madera frente a la pequeña capilla de Praia da Armação. Con calma, tenía una pequeña mochila a su lado. El cuerpo alto y delgado estaba vestido con pantalones y abrigos ligeros. Esperaba en paz, ajeno al pequeño bullicio de turistas que llegaban en furgonetas, enfundados en mil parafernalia para pasar el día o unas horas en la playa. Salgo del coche mientras Charles busca dónde aparcar, una dificultad inmensa en las estrechas calles del antiguo pueblo de pescadores. Voy al encuentro de Dalmolin, que me recibe con una sonrisa tranquila. Charlamos, presentándome mínimamente y justificando la media hora de retraso por el intenso tráfico para llegar al sur de la isla. Hay personas que no necesitan muchas presentaciones. Me había puesto en contacto con Dalmolin para que nos llevara por un sendero por los acantilados, entre la playa de Matadeiro y la Lagoinha do Leste, en busca de un grabado rupestre visto recientemente. El hombre de 39 años aceptó inmediatamente el paseo, sin muchos problemas. En el transcurso del día entendería por qué.

Para llegar al inicio del sendero, salimos de la playa de Armarcão, cruzamos el río Quinca Antônio, ingresamos a la playa de Matadeiro, siempre en dirección a la derecha, sur. Como la playa no tiene acceso para coches, hoy en día está muy tranquila. En la época de la caza de ballenas, era el lugar donde mataban y despedazaban a los leviatanes. Entre las dos playas, separadas por el canal que es la salida al mar de Lagoa do Peri, en un pequeño istmo, una colina baja alberga otro sambaqui inexplorado de la isla. Fue allí donde Lucas, nuestro guía en el viaje a Campeche, nos contó la historia del cráneo tomado a paladas por la policía. Los sambaquianos nos rodean. La destrucción del legado nos preocupa tanto como la belleza de los lugares embelesa la mente. Y la conversación general entre los residentes mayores apunta al deterioro del potencial de producción de alimentos a partir del mar: la pesca ancestral.

Atravesando los 850 metros de arena de la playa de Matadeiro, más o menos a mitad de camino, como secuencia directa de la firme y franca conversación que sosteníamos con Dalmolin, él, tras escucharnos explicar detalladamente los impulsos de nuestra profunda búsqueda del paisaje del hombre sambaquí. Quería sumergirme en el imaginario de piedra-mar-bosque-sal. Dalmolin comprendió rápidamente el mensaje tácito.

– Aquí hay una cueva. Hay algunas inscripciones. ¿Quiere ver? - preguntó.

– ¡Claro! - anticipa Charles – ¿hay grabados allí?

– Los hay, pero no se sabe si son actuales o antiguos.

– Vamos – completo.

Justo detrás de las ruinas de un antiguo chiringuito, a unos 200 metros más adelante, en medio de dos colinas paralelas, el suelo húmedo deja ver el agua que baja desde lo alto en pequeñas y débiles cascadas, más bien pequeños riachuelos que corren por la roca cuando Llueve. Más abajo, una mancha oscura señala la grieta de la cueva, alta y informe, que parece líneas mal dibujadas. Pasamos por una inmensa roca que casi bloquea la vista del fondo de la cueva y avanzamos unos metros hasta que la oscuridad domina la vista. Dalmolin enciende una luz y nos guía. La cueva empieza alta, pero pronto tenemos que bajar. A unos tres metros de la entrada, en una cornisa que marca una curva, Dalmolin nos llama y nos pide que nos acerquemos para ver las inscripciones. Los diseños geométricos son débiles, pero están ahí.

– ¿Alguien del Iphan ya evaluó estos dibujos? - Pregunto.

– Que yo sepa no. Pero sólo podrían ser de las personas que usan la cueva para hacer fiestas – dice Dalmolin.

De hecho, hay muchos indicios de usos recientes de la cueva: restos de hoguera, botellas, latas de cerveza, inscripciones de años y nombres en las paredes y muchos otros restos civilizatorios del hombre-turista de playa. Luego de examinar las paredes y grabar las imágenes, nos dirigimos hacia el final de la playa, donde una inmensa colina verde contrastaba con el final de la playa de arena blanca y el mar azul claro. En el encuentro del cerro con la playa, pequeñas casas de madera le dan el aspecto de un pueblo de pescadores que el resto de posadas y bares perdieron ante la ocupación desordenada de la orilla, característica de la mayoría de las playas de Santa Catarina. Un pequeño cartel indica el sendero (trilha lagoinha-matadeiro) y los kilómetros hasta Lagoinha do Leste. Nos ponemos en fila y seguimos hablando mucho. Dalmolin se revela como una figura rara, con un inmenso conocimiento de la isla, de sus senderos y de sus encantos menos conocidos. Lleva una vida de aventurero, habiendo ya arriesgado su vida en multitud de ocasiones para conseguir su sueño: visitar todas las cuevas marinas de la isla.

– Cuéntame de aquella vez que tuviste que saltar del acantilado y caer en la ola para logra ser arrojado a la entrada de la cueva – dice Charles, que ya conocía al aventurero por otro informe.

– ¿Como fue eso? – pregunto, curioso.

– Bueno, esto fue complicado. Allí vi que estaba en mi límite. Tuve que aprovechar la ola de la derecha para llegar a la entrada de la cueva. No había otra manera. Entonces... me lancé y la ola me acercó a la entrada de la cueva. Logré entrar y aún así tomar fotos. Hay que sentir el mar y las olas – explica con calma, como si fuera algo un poco peligroso. Pero no es. Es realmente muy peligroso. Pero así es la vida de Dalmolin.

Mientras íbamos siguiendo el sendero, subiendo y bajando colinas (un viejo problema personal con subidas pronunciadas que tendría que afrontar una vez más) Dalmolin habló de su trabajo marcando senderos y el seguimiento de investigadores en busca de los yacimientos arqueológicos más inaccesibles. Caminamos a buen ritmo, hasta que, en lo alto de un cerro, la vegetación se aclara y aparece una vista panorámica de los acantilados.

Como estamos acostumbrados a ver la belleza sólo en las playas, las costas guardan sus encantos para pescadores y excursionistas. En la pelea de milenios del mar con las rocas, pensando geológicamente, las playas surgieron de la erosión de los cerros. Y las costas, playas del futuro, son hermosas e imponentes.

Sobre una de las muchas rocas nos llama la atención una mancha oscura. Realmente no podía decir qué era. Incluso con el objetivo zoom no estaba claro. Seguimos caminando otra media hora más hasta que Dalmolin nos avisó de que, en ese punto, tendríamos que abandonar el sendero y bajar el acantilado de camino al lugar de los grabados.

– Aquí el camino es más difícil, cuidado – advierte Dalmolin.

Bajamos por el barranco cubierto de vegetación hasta las rocas al borde del mar. Despacio. Cuando llegamos a las primeras rocas, Dalmolin nos señala una inmensa roca más adelante donde habría talleres líticos, un lugar para fabricar instrumentos de piedra. Cuando llegamos al punto, saltando entre las rocas, una inmensa figura negra se lanza hacia el mar. Un león marino que estaba al sol. Y justo delante, en el otro extremo, más lobos marinos en las rocas y también en el mar. Los animales son magníficos. Pesado y lento sobre las rocas y rápido y elegante en el agua. Me siento en la roca que se adentra en el mar, observo a los lobos marinos y escucho sus fuertes gritos, que justifican el nombre. Sobre la roca que avanza hacia el mar, cerca de un montón de paja seca, se encuentran los talleres líticos. Allí trabajaba la gente de Sambaqui y luego tallaban los grabados. Piedra, agua y el mar inmenso y vivo, fuente de alimento y transporte.

Seguimos los acantilados, hacia el centro de una bahía, subiendo y bajando por los muros de piedra, con Dalmolin señalándonos los caminos invisibles. Después de un fuerte descenso, nos indica un lugar pequeño, donde cabemos los tres y nada más. Dalmolin se sienta, de espaldas a la colina desde donde puede ver un camino de agua corriendo hacia abajo y el musgo negro adherido a la pared. Directamente delante, una inmensa roca de cara recta, toda grabada. Llegamos. Los tres nos sentamos a hablar. Un gancho de hierro en el cerro indica que los pescadores utilizan el lugar para atar las redes. Es evidente la relación casi directa entre la pesca actual y las huellas dejadas por los pescadores prehistóricos. Mirando hacia adelante, aparece una pequeña isla en el horizonte:

– Es la isla de Campeche – revela Dalmolín.

Allí, a la vista, la isla de Campeche.

– Estuve aquí, buscando una cueva marina, ya sabía que había grabados, y cuando me detuve a descansar, con la cascada a mi espalda, miré la piedra y enseguida supe que eran las inscripciones rupestres. Posteriormente me comuniqué con Iphan, quien vino aquí con una arqueóloga y descubrió que era un sitio arqueológico, con inscripciones rupestres a un lado y un taller de lítica al otro. Y obviamente me alegré mucho, ya que no todos los días encuentras un regalo como este. Y hoy aquí somos parte de esta historia – dice Dalmolin con una amplia sonrisa en el rostro.

– ¿Y usted se siente descendiente de estas personas?

– Esa fue exactamente la sensación que tuve cuando me senté aquí. Me detuve, sentí y Miré. La primera imagen que se me ocurrió fue que hace siglos, alguien estaba aquí, justo donde estoy yo, y tenía la misma mirada en esa dirección. Y ambos, cada uno en nuestro tiempo, hemos estado mirando en esta dirección.

Isla infinita

Caleidoscopio. Mire a través de un pequeño punto y vea el espacio infinito cambiando. Mire la gota y vea el reflejo en el ojo del gato parpadeante. Llueve en la isla. Las tormentas se precipitan, destellan entre gruesas capas de nubes y todos los tonos de violeta y negro. Llueve mucho y siempre me ha gustado cuando llueve. Menos volar. Pero logro aterrizar. Espero a Charles en el aeropuerto; una vez más, una escena frecuente en los últimos dos años. Y siempre llega. Incluso sin gasolina, pero es suficiente. Es hora de terminar, digo. Pero todavía queda mucho, respóndeme. Y siempre faltará. Llueve y la lluvia es buena. Isla infinita. Caleidoscopio infinito de paisajes y sentidos. Isla.

El Sambaqui invisible

Bahía Norte. Tierra de berberechos y otro sambaqui. Única ubicación en toda la isla que permanece con la palabra que usaban los guaraníes para identificar a los sambaquis. Para ellos, un montón de conchas.

La pareja llega a la playa por la tarde, caminando juntos, pero sin abrazarse. Se acerca al santo en el hueco del árbol y enciende dos velas de cara al mar. Va detrás del

árbol y desaparece de mi vista, reapareciendo segundos después en la rama horizontal que avanza hacia la playa, como un camino aéreo hacia el atardecer que comienza a formarse, morado, con florituras negras y azules, a través de las nubes que se mueven. las montañas del continente. El niño se sienta a su lado. Los dos disfrutan del crepúsculo, conversan, ríen y miran el cuadro vivo, imágenes de un futuro que los dos pueden tener a partir de ahora. El cortejo se ve interrumpido por la llegada de dos chicos más, también con chanclas, pantalón corto y gorra, pero con un casco de moto en los brazos. Bajan del mirador natural y se alejan de mi visión en busca de un lugar más cercano a la arena para el grupo. En un banco fuman y conversan, en la playa, al atardecer, un gesto más humano imposible. Los que nunca lo hicieron perdieron el tiempo. Estas son cosas antiguas. En cualquier punto del planeta, el ser humano contempla los fantásticos colores del atardecer. El cielo nos enseñó a pintar. Mostró todas las mezclas de colores posibles. Durante muchos años nos limitamos a mirar la luz hasta que algunos quisieron fijarla en superficies distintas al cielo infinito.

La isla me pedía cada vez más tiempo. Hice. Feliz. No sabía hacia dónde me dirigía, pero la travesía fue fantástica, percibida no sólo por mi racionalidad, sino por cada poro de mi piel que sudaba en tardes agotadoras y se refrescaba en pintorescos atardeceres. Allí, en la punta de Sambaqui, miró a los nativos con una mezcla de envidia y curiosidad. Pensé con mi bloque: ellos, la gente local, son los sambaquianos que quedan. Viven cerca del mar. Se conocen en la playa, se enamoran bajo la luna y hacen el amor en la arena. Luego siguen adelante. Allí, en ese mismo lugar, se evidencia una inmensa pirámide de conchas, de hasta 20 metrosde altura, que durante milenios fue el punto principal de una cultura que vivió de manera sedentaria en la isla de Santa Catarina y regiones del Centro. Costa de Santa Catarina. Pero falta investigación.

El apogeo de la cultura sambaqui se produjo alrededor de mil años después de Cristo,antes de la llegada de las poblaciones conocidas hoy como grupo Gê a la región. Se produjo una mezcla cultural y, por alguna razón aún no aclarada por la investigación arqueológica, seinterrumpió la creación de las gigantescas pirámides de conchas. Cuando los guaraníes ocuparon la costa de Santa Catarina, después de los Gês, los hombres sambaquíes sólo podían ser reconocidos por sus mayores logros: las pirámides de conchas, los grabados rupestres y el modo de vida basado en la pesca y el consumo de berberechos y muchos otrosmoluscos. que infestó las numerosas lagunas a lo largo de la costa, un lugar donde el acceso a los alimentos es más fácil que en el mar.

El barrio de Sambaqui es uno de los más aislados de la bahía norte de la isla. En su punto más profundo, una punta, llamada punta sambaqui, se extiende en forma ovalada hacia el mar, como la cabeza de una serpiente. Existe uno de los lugares de posible Sambaqui que nunca ha sido investigado. El lugar mantiene algunas casas coloniales, herencia del pueblo de pescadores que alguna vez fue. Todavía quedan pocos ranchos de pescadores de madera a orillas de este mar tranquilo y sin olas, que en verano es motivo de alegría para las familias. Muchos edificios han sido reemplazados por viviendas irregulares, restaurantes y tiendas que bloquean la vista del mar a quienes viajan por la calle o la acera. En los pocos lugares aún abiertos, una canoa “ancestral” abandonada es un signo de un desprecio por la historia que no se puede transformar en souvenirs para vender a los turistas, que visitan el lugar en busca de la tradición lusitana y sus leyendas metamorfoseadas en sincretismos indígena-afrolusitanos: brujas, bueyes, piedras, marías, muñecos y encajes.

Por la noche, la calma del lugar sólo cambia cuando la choza azul de la plaza acoge una noche de samba tradicional. Allí los nativos se mezclan con turistas e isleños de otras zonas de la metrópolis de Florianópolis. A la orilla del agua, mucho amor, sudor y pasión. Nada muy diferente de lo que ha sucedido durante milenios. Hombres y mujeres que buscan placer y escapan del dolor de la supervivencia en los encantos de la suave arena y la suave brisa del mar. Hasta el día de hoy, los cuerpos nocturnos deambulan perdidos en la contemplación del cielo, el mar, las estrellas y la luna, como buscando pensamientos que calmen las preocupaciones de la vida. El pasado antiguo sólo sobrevive en el nombre del lugar que albergó una obra única, el lugar de enterramiento donde hoy descansan los esqueletos de los antepasados, a pocos metros de la samba y los movimientos de los bailarines.

La pesca sigue siendo importante para los descendientes de los pescadores coloniales. Pero el cultivo de ostras, una práctica implementada con apoyo gubernamental en los años 1980, es lo que paga las facturas anuales, engordadas durante las temporadas de recolección de camarones y peces, como el salmonete, que todavía abunda, un recordatorio de tiempos de abundancia, pero que cada vez es más frecuente. despierta el temor de los pescadores a que termine el ciclo de abundancia de alimentos. ¿Cuántos años más faltarán para que la actividad pesquera sea sólo una palabra olvidada?, se preguntan los viejos pescadores junto a sus ranchos pesqueros junto al mar, blanco de la codicia de la especulación inmobiliaria. La abundancia de alimentos en la región se debió al complejo mundo interconectado de ríos, arroyos, lagunas, bahías y mar abierto, que en el agreste litoral, con exuberante vegetación y clima con estaciones bien definidas, permitieron la abundancia que facilitó la larga ocupación humana. Cada año, según quienes se ganan la vida con la pesca, surgen más problemas y se capturan menos peces. El paseo marítimo está tremendamente ocupado. Cincuenta años de intensa especulación inmobiliaria destruyeron aún más la isla y la costa central de Santa Catarina, destruyendo una de las regiones más bellas de Brasil. Y la clave de toda conservación medioambiental en una isla es la pesca, un bioindicador categórico. Cuando la pesca es mala, algo anda profundamente mal.

La dama de las conchas

Aimê dedica su vida a la investigación de moluscos. El rostro de piel clara tiene varias vendas. El exceso de sol ya dejó profundas huellas en la profesora que mantiene un laboratorio en la UFSC para estudiar la situación del mar a través de la fauna marina. Investigadora, docente y científica, habla con tranquilidad del objeto de su dedicación, las comúnmente conocidas como conchas. Y a través de mucho trabajo, encuentra respuestas en estas conchas, incluso sobre nuestros antepasados, los hombres de Sambaqui.

Según un trabajo de investigación desarrollado junto a arqueólogos, la bióloga afirma que uno de los varios factores detrás de la sedentarización de la población antigua, hace entre 4 y 5 mil años, en el este de la isla, en la cuenca de la Lagoa da Conceição, fue la abundancia de una especie de molusco: el berberecho (Anomalocardia brasiliana), que motivó el cambio de nómada a sedentario. En la región noroeste de la isla se encontraba la Lambreta (Lucina Pectinata). Estas dos especies son muy dominantes, pero no son las únicas especies de moluscos que aparecen en los yacimientos arqueológicos. También aparecen mejillones (mariscos), ostras y varios otros. Todos estos animales suministraban proteínas (biomasa) a los pescadores prehistóricos, especialmente en épocas en las que otros tipos de alimentos escaseaban. Y hoy, la situación empieza a señalar una escasez.

– La biomasa de estas especies y los sitios arqueológicos muestran que esto es suficiente para alimentar a la población hoy, mañana y pasado mañana y muchos de ellos todavía abundan hoy. Sin embargo, ya tenemos dificultades para encontrar muchos de ellos debido a la sobrepesca y al impacto humano en las regiones costeras. Así que ahora ya no tiene la abundancia que tenía en el pasado reciente. En base a la cantidad que encontramos en los yacimientos arqueológicos, podemos decir que fueron muy abundantes en el pasado. Y muchos lo siguen siendo. Otros están en peligro de extinción por cuestiones antropogénicas, como el impacto de la contaminación que reduce a estos animales y toda la cadena que depende de ellos. Todavía es abundante, pero el año pasado hubo una tasa de mortalidad muy alta. Y eso es lo que nosotros se sigue estudiando la mortalidad de los berberechos en la bahía sur y monitoreando los

stocks naturales para saber si se produce o no una recuperación – advierte Aimê Rachel Magenta Magalhães, profesora del Departamento de Acuicultura de la UFSC.

En el laboratorio de la UFSC, un grupo de estudiantes trabaja en el lavado de material recolectados durante las visitas de campo, para posteriormente seleccionarlos y clasificarlos. Los usos de las conchas que el turismo ha convertido en decoración hoy en día son innumerables. Y los relatos históricos siempre han despertado la curiosidad de Aimê, haciéndolo estudiar también estas otras relaciones.

– Es imposible hablar del ahora sin estudiar historia. Esta relación humana y el marisco es muy viejo. Incluso hay informes de varios navegantes europeos que pasaron por aquí que demuestran que los nativos eran excelentes fabricando navajas con conchas de mejillón y podían limpiar el cuero mejor que un artesano europeo con un instrumento metálico. No se trataba sólo de comida. Se utilizaban como instrumentos y también para escultura, arte, también se elaboraban en conchas, pues es mucho más fácil que moldearlas en piedra. Y también juguetes, lugares para acumular agua. Es una relación muy antigua y muy importante que hay que rescatar – explica la profesora hasta que es interrumpida por un grupo de alumnos que vienen a pedirle participar en un panel.

– Ya es hora, profesora – dice el alumno, un poco ansioso.

– Ya voy – dice Aimê – No pueden empezar sin mí – sonríe, cómplice de señora de las conchas antes de despedirnos y agradecernos sinceramente haberla escuchado.

La docente explicó con su sincera sonrisa un sentimiento que impregnó todo el proceso de investigación de este reportaje. Los investigadores y científicos que están descubriendo, a través de laboriosas investigaciones que duran años, aspectos de la vida de los primeros habitantes de la costa catarina, carecen de canales de comunicación con la población. Su trabajo apenas logra repercusión en la sociedad. La academia tiene dificultades para difundir la producción de conocimiento a la población que la acoge. De la misma manera que el modo de vida de los pescadores tradicionales y de las poblaciones originarias no llega a la academia de manera constante. Esta discrepancia perturba la investigación y la vida comunitaria. Y es en esta comunidad donde se ubican los personajes que habitan en la montaña que se extiende sobre el mar.

Para entender a un pescador, sólo un pescador

Conocido por el mundo académico y por la investigación científica global, el patrimonio arqueológico de la isla es, hoy, poco recordado en las conversaciones diarias de los más de 400 mil habitantes del inmenso conglomerado urbano de la gran Florianópolis, que reúne la isla de alrededor de 55 kilómetros. de largo y ancho que alcanza un promedio de 18 kilómetros y porciones de área en el continente, las ciudades de São José, Palhoça, Biguaçu y Tijucas. Entre la isla y tierra firme existe un estrecho canal que forma lo que se llama bahía norte y sur. Para los guaraníes, era la "pequeña boca de agua", o Y-Jurerê-Mirim.

El barrio de Sambaqui, en la margen centro-occidental de la isla, al norte de la bahía, frente a Santo Antônio de Lisboa, es uno de los pueblos pioneros en la presencia de pescadores portugueses en la región, después de 1600, donde hoy comparten modestas construcciones coloniales. espacio con bares, tiendas de souvenirs, restaurantes que muestran a los turistas la Ilha da Magia - eslogan publicitario de los años 90, lo que sería la vida folclórica del "manezinho da isla", que es la construcción cultural de la que hacen gala los descendientes de la colonización portuguesa. En la época de la colonización, los habitantes de la pedregosa península Ibérica se encontraron perdidos en el exuberante verde del bosque atlántico, donde la maleza cubría las piedras marcadas hace más de 5 mil años por pueblos que aún no tienen un nombre definitorio. Pero también eran pescadores. Y dejaron marcados los mejores lugares de pesca. Así que nos acercamos a los pescadores y nos damos un chapuzón en estos paisajes.

El paisaje de Rogério

El mar da y un día recupera. Eso es lo que dicen los pescadores. Una de las primeras familias de ascendencia portuguesa en asentarse en la zona fueron los Rocha Pires. El apellido de la familia está en la calle principal del barrio, en la plaza y en el proyecto de mejora de la costanera. Siempre fueron pescadores. Vivían desde y para el mar. Un amigo me recomienda un "pescador que habla con gauchos". Después de muchas llamadas telefónicas confusas y casi inútiles, le digo a Charles que tenemos que ir allí.

– ¿Está todo cierto?

– Claro.

Fuímos. Pero no había nada seguro. De hecho, Rogério Rocha Pires no pudo decirme si estaba en el mar o no. Aun así, decidí correr el riesgo. Con una descripción de boca en boca de dónde ir, llegamos cerca del lugar. Es llegar y empezar a preguntar. En la segunda casa, una señora nos grita diciendo para que vallamos a una casa extraña frente a su casa. Cruzamos la calle, entramos a un patio vacío, con una escalera al final y barcos debajo. Ni siquiera un alma viviente. Subimos las escaleras y nos detuvimos en la puerta. Llamo por el nombre. Pronto aparece un hombre de piel bronceada y pelos que comienzan a tornarse plateado.

Le explico qué era y nos dice que entremos en una habitación llena de redes de pesca y recintos para ostras. Rogério es amigable y luego de una breve introducción accede a hablar. Y dice que tuvimos suerte, que no se hizo a la mar sólo porque el tiempo no era muy bueno.

Para Rogério, 49 años, es así. La vida del nieto y bisnieto de los pescadores fue siempre en busca de lo que tenía y no recordaba que tenía. Después de su infancia pescando, tomó otros rumbos y acabó trabajando en un banco durante más de diez años. Pero, aunque vivía en el centro y trabajaba en el banco, regresaba a Sambaqui todos los fines de semana. ¿Por qué? Porque él era más fuerte que él.

– ¿Qué es lo que más extrañaste?

– Del contacto con el mar. Despertar y encontrarse cara a cara con el mar. Vivir el mar.

– Te fuiste y volviste. ¿Qué se queda para el futuro? ¿Crees que seguirás este modo de vida?

– Mire, la tendencia es ir disminuyendo. Porque tuve diez hermanos, pero no tendré diez hijos. Mis hermanos tampoco. Seguir lo que hacemos hoy es muy difícil. Lo que la vida les ofrece son otras cosas, ya no quieren jugar al fútbol en la arena, rasparse las rodillas, cortarse los pies con una ostra o pescar con caña. Hoy no ves a nadie más haciendo eso. Entonces la tendencia es a que disminuya. Siempre hay alguien que lo hará, pero la tendencia es que la industria lo pase por alto. Quieren crear muchas leyes sobre manipulación del pescado que pongan fin a la pesca artesanal. Llegará un momento en que lo artesanal ya no estará disponible. Vivo aquí desde hace cincuenta años y nunca he visto morir a nadie por comer un pescado... toda mi familia está allí. Mi madre y mi padre todavía están vivos y mis hermanos están todos vivos.

Rogério justifica la amenaza por el deterioro de las condiciones que presenta el propio entorno pesquero, es decir, ríos, lagos y el propio mar se están volviendo poco a poco inviables. Lo ilustra con el ejemplo del río Ratones, curso de agua que delimita el final del barrio, junto a la popular playa de Jurerê.

– Aquí, en realidad, el río ratones, cuando hicieron una toma de tierra para ir a Jurerê se llenó de sedimentos río arriba. Había un pozo de rocas, de 20 metros de profundidad, un agujero. Con el relleno del puente, el caudal del río y el terreno del vertedero provocó inundaciones y listo, el río se acabó, no había ni medio metro de agua. Y

luego se interpone en el camino del pescado, el camarón. Hay lugares donde mi padre pescaba lubina, pescaba amarillo, pescaba de todo en el río, ya que los peces iban allí a desovar. Era el ciclo. Todo esto ha afectado a la pesca de peces grandes aquí. El trabajo de los seres humanos se refleja en mi red. Y los camarones también. Ahora es el momento de estos camarones blancos y las larvas aún están dentro (del río). Pero si hay una inundación, todo lo arroja al mar – revela Rogério, tejiendo hábilmente una red mientras conversamos.

Sentado en un viejo sofá, rodeado de todo el equipo de pesca que necesita, el pescador es, como siempre, una viva imagen del tiempo. Otra escena que es antigua. Imágenes que se conservan en trabajos primordiales que ocupan al ser humano desde siempre. El hombre y el mar, unidos por el ciclo interminable del movimiento de morir y renacer. El mar no abandona a quienes pertenecen al mar. Y los que son del mar no abandonan su entorno. El paisaje de Rogério es de tranquilidad. La imagen del mar se calma. Trabajar en el mar te calma y te desafía. No importa cómo cambie el entorno. La emoción del mar es única. Aunque afirma que vivir allí era mejor, Rogério sabe que ese es su lugar, al fin y al cabo es donde vive en paz, incluso con el aumento de la población y la llegada de nuevos problemas cada día:

– Aún así, vivo en paz. En el Sambaqui vivo en paz, para mi es una tranquilidad. Realmente me gusta aquí. Hoy mi hogar y mi vida está aquí en Sambaqui.

En el barrio de Rogério, un istmo se adentra en el mar formando una punta ovalada que se asemeja a la cabeza de una serpiente. Justo a su cabecera, piedras y árboles rediseñan el paisaje que aún hoy utilizan pescadores, turistas y parejas, el Sambaqui Pontal. Hay una acumulación de conchas en medio del cuello, siguiendo de otro cerro más alto que aísla el lugar de la playa. No se llevó a cabo ninguna investigación arqueológica en el único sitio llamado Sambaqui en la isla. La montaña que se extiende sobre la mar no revela fácilmente sus secretos. Pero los pescadores siguen ahí. Y la vida sigue ahí.

El paisaje de Parú

Al otro lado del mar, Toca do Paru es un lugar único en el barrio de Abraão, en tierra firme, frente a la isla. Allí, en la bahía sur, entre recortes de bahías, puntas y pequeñas playas, a pocos metros de la punta de las brujas, Paru tiene el restaurante donde antiguamente estaba su rancho de pescadore. Su salmonete es único, elaborado según la tradición, sólo por él y nadie más. Figura muy conocida, llenó las paredes de retratos en blanco y negro de personajes ilustres, en su mayoría gente de la samba, una de las pasiones del señor de sutil sentido del humor, amante de la buena prosa, sin muchas concesiones a los tiempos modernos. Y el carácter se revela en la forma en que preparas la comida. De una manera que es cada vez más rara. Sin apuro. Con cuidado. Siguiendo los ritos del mar.

– Yo mismo horneo el pescado. Y realmente lleva tiempo. Yo lo haré saber. no hay nada listo de ayer. Hay gente que tiene prisa, entonces no es posible. Preparo este pescado temprano en la mañana y lo dejo secar en la jaula después de limpiarlo. Entonces queda así. Pero hay que tener el tiempo adecuado, con el aire del mar, sino no hay manera – explica Parú con el fuerte acento de origen portugués que se instaló en estos rincones y se calentó.

Amable y mordaz, Parú centraliza las actividades de preparación del pescado. El resto de su familia prepara los demás platos y gestiona el lugar. Pero cuando se trata de pescar, nadie mete la mano. Cuando sale a una cita, su hijo Gustavo, que ayuda a gestionarla, advierte a los clientes que "hoy no es el día del salmonete asado". La sencillez del lugar donde se puede comer con los pies en el agua en verano es tan encantadora como la prosa de Parú. Y le encanta hablar del pasado. Pregunto por su padre, un conocido pescador de la región y uno de los primeros habitantes del lugar. Recibo como respuesta el modo de vida de quienes viven en el mar.

– Mi padre era un chico alto, 1,95m. Pescador y trabajador portuario. lo llamaban viejo muelle. Era fuerte, podía viajar en canoa, remando, a todas partes. No aceptaba redes cuando pescaba. Sólo tarrafa e hilo. Salamos el pescado, lo ponemos sobre una hoja de plátano y hacemos un tendedero. Secamos los camarones en una canasta con sal y los colocamos encima de la casa. Luego lo envolvía en una hoja de plátano y lo guardaba en el armario. Lo comía por la noche, con galletas y café. La carne sólo estaba disponible una vez a la semana, cuando mi padre hacía el guiso. Y todos comieron tranquilamente. Tengo 61 años y crecí comiendo de todo, pescado, berberechos, ostras, mariscos y gambas. Era mucha abundancia. Hoy en día todavía queda pescado, pero los berberechos ya no existen. Cuántas familias pobres criaron a sus hijos con nada más que berberechos. La gente que ni siquiera tenía canoa, recogía los berberechos, se los comía y los vendía. ¡Se acabó el berberecho! Y lo que acabó con él fue la contaminación - dice, quién sabe del agua, cambiando de voz mientras intensifica la crítica, la destrucción.

Para el señor Parú la cosa es bien distinta. No sabe nada sobre este negocio de los sambaquíes. Por haber dividido su trayectoria en momentos bien definidos, hijo de un pescador, un levantador de pesas y un trabajador de carnaval, prefería vivir junto al agua, pescar, cocinar, socializar con los vecinos, divertirse en maravillosas fiestas y trabajar duro desde el amanecer hasta el atardecer, por la luna y las estrellas, mirando las mareas como si fueran la sangre que corre por sus venas, en flujos como el de nuestras santas madres que necesitaban encontrar un hombre en las cálidas noches de primavera en la isla que había una pequeña población en 1930, no más de 40 mil personas. Para él, Sambaqui es sólo un lugar lejano.

– Sambaqui está más allá de Santo Antônio de Lisboa, mi padre salía de aquí en canoa y llegava allí, remando, muy rápidamente. Hombre enojado. Nadie se metia con él. Empecé a pescar con él, todos mis hermanos también, siempre vivimos de pescados

y mariscos, camarones. Todos los días, por la mañana, antes de ir a la escuela, comía el pan que me hacía mi mamá, con camarones secos que seguíamos colgando – dice, rápidamente, en un suspiro, el señor Parú, mientras trabaja en el salmonete que se servirá en media hora, en la mesa de un cliente que se acerca a degustar o recordar el sabor de un pescado asado y marinado al estilo portugués.

En la mesa de Parú el pasado se sirve con mucho gusto. Desde la ventana, el mar. Al fondo, el cerro. A la izquierda las piedras. A la derecha, el bosque. En la playa los barcos. Quien entra en su "guarida" es una persona especial que ha vivido muchas vidas y siempre ha servido a sus huéspedes con sabiduría, alegría y sentimientos de respeto por los demás y el entorno en el que vive. Y de dónde viene su sustento y el de muchas otras familias de pescadores. Del mar. El mar que está en tus ojos, en tus manos fuertes y en el ritmo de tu voz. En el barrio de Itaguaçu, cuenca de São José, Seu Parú mira más hacia el pasado, donde el mar no estaba contaminado y las aguas residuales no fluían directamente al agua. La pesca era muy abundante. Para la apertura de una carretera, más arriba, hacia Ilha das Conchas, las excavaciones habrían revelado otro sambaqui. Pero aquí tampoco se ha excavado nada. Y el posible sitio arqueológico es solo una leyenda urbana, junto a un arroyo que se convirtió en alcantarilla y ya no tiene nombre.

El paisaje de Adnir

Junto a la laguna de Barra hay un cerro lleno de piedras y arbustos, surcado por estelas de bueyes montañeses que los portugueses habían entregado a la voluntad divina desde 1700, pensando en granjas. Entre los cerros, los pobladores recordaron su patria, con cantos dolorosos y contundentes, el conocido fado. Llegamos allí a última hora de la tarde en un día nublado. Fin de tarde. Todo vacío. El lugar, muy cerca del canal de la barra, tiene un restaurante a un lado y una estación de lavado al otro. Delante, un modesto edificio con un curioso panel, donde llaman la atención una serie de copias de inscripciones rupestres. Este era el mismo lugar. Pero no hay movimiento. Entramos al callejón y en la casa siguiente una mujer abre una ventana y pregunta: ¿qué quieres? Pregunto por Adnir. Ella dice que salió.

– No sé. Quizás se demore.

Como su teléfono no contesta (algo constante) el negocio se dedicar a realizar una de las actividades periodísticas más comunes. Esperar. Después de aproximadamente media hora llega un auto blanco haciendo ruido y entra al lugar. Me levanto y me acerco al vehículo. Era Adnir.

Estaba en un marcando un sendero y me había olvidado de la entrevista. Él guardará el auto y luego comenzaremos. Después de la conversación introductoria nos dirigimos al sendero. Por supuesto que es cuesta arriba.

Adnir nació en Barra da Lagoa, hijo de pescadores, en la región donde la Lagoa da Conceição desemboca en el mar. “Sobre las piedras negras”, como él dice. Pero el sentimiento de curiosidad llevó al hombre tranquilo y sereno, de mirada clara y decidida, a seguir un camino como si tuviera una misión. La misión de estudiar el lugar donde vive. Y lo llevó a mucho más. Hoy dirige el Instituto Multidisciplinario de Medio Ambiente y Arqueoastronomía (IMMA), que tiene su sede al inicio del sendero que conduce a la cima del cerro donde encontró y puso nombre al observatorio. Adnir es obstinado. Realizó todos los trabajos de demarcación de senderos en el lugar y recibe visitas de turistas y colegios. El movimiento es grande. Además, forma parte del trabajo colectivo para demarcar y preservar senderos en toda la isla. Forma parte del grupo de aventureros que exploran el lado natural de Florianópolis. Por ello, conocen muy bien la diversidad y el entorno de la isla y las actividades humanas que hoy amenazan este intrincado sistema de cerros, bosques, ríos, lagunas y mar. El hogar del “hombre sambaquí” tiene sus

guardianes y defensores en muchas trincheras. Este, en la llamada Fortaleza da Barra da Lagoa, es uno de ellos.

Le pregunto a Adnir sobre las inscripciones rupestres. Se escapa.

– Veamos el rastro. Luego, cuando volvamos, hablaré sobre el registro. ¿puede ser? - Pregunta dócilmente.

– Vámonos entonces.

El sendero comienza en lo que Adnir llama una plataforma de observación. El lugar está totalmente señalizado. Es una inmensa roca que descansa sobre tres piedras más pequeñas. En la cima de la piedra más grande, una superficie plana, se pueden observar otras tres piedras en la cima del cerro que marcarían la alineación del sol al inicio de las estaciones, por lo que al lugar se le llamó Plataforma de Observación. Seguimos adelante hasta el inicio del sendero, sin pasar primero por talleres de inscripciones rupestres sobre formas de hormigón. Hay una valla y una puerta que Adnir abre porque había una llave. El barco que Adnir utilizaba para pescar y llevó al pescador a sus primeras observaciones de investigación arqueastronómica, en 1986, se encuentra ahora en un espacio expositivo, al inicio del recorrido.

– Para no olvidar de dónde vengo – bromea Adnir, quien nos cuenta que, en sus tiempos de pescador siempre le había llamado la atención observar paneles con inscripciones rupestres en islas y costas.

Pero me llevó más tiempo obtener las respuestas que buscaba. Cuando todavía era un niño, Adnir vio, dirigiéndose hacia un lugar de pesca en la costa, una piedra colocada cuidadosamente encima de tres mucho más pequeñas, en la cima de la colina, hoy llamada piedra torneada. La piedra superior, la gran piedra volcada, llamó su atención. Se trata de una inmensa roca en la que cabe cómodamente un hombre en la superficie plana de arriba, y que se apoya en el vacío en tres puntos, formando debajo una cama de observación tan perfecta que tiene un soporte de piedra para la cabeza. En lo alto, un completo observatorio astronómico. Allí se definen, grado a grado, los puntos exactos de los solsticios y equinoccios. Las estaciones del año, las principales estrellas de las constelaciones más citadas en casi toda la cultura escrita de la humanidad, Orión, Pléyades, Sirio y Aldebarán. Se trata de un trabajo autodidacta de más de 30 años realizado de forma independiente por Adnir, cuyo trabajo no es reconocido por la academia, cuestión que, según él, no tiene importancia para su proyecto de conocimiento.

Llegamos a la cima del sendero después de media hora de ascenso, en el crepúsculo del final del día. Después de muchas explicaciones y filmaciones, subimos al "mirador de las ballenas", una estructura de madera que ofrece una vista privilegiada de la montaña que se extiende sobre el mar. En el lugar veo el paisaje en 360 grados. A un lado del mar, en la aislada playa de Galheta, un lugar que, según Adnir, tiene, en su punta, inscripciones rupestres e incluso un sambaqui que nunca ha sido explorado. En dirección opuesta a la laguna de la Conceição y las luces de las casas a su alrededor. Hacia el norte se acercaba una masa de nubes negras embelleciendo el escenario. Detrás del lago, la montaña. Si durante el día la belleza es el verde y sus matices, de noche es el negro el que resalta la inmensidad de la montaña. La silueta todavía aparece marcada por el sol que se pone por el oeste. De hecho, es un espléndido sitio de observación. Adnir considera que las piedras son dólmenes, es decir, no son arreglos naturales. Fueron, en un tiempo indefinido, erigidos y dispuestos para servir como marcas para observaciones astronómicas. Este fenómeno, dice Adnir, ocurrió en muchos lugares del mundo en la prehistoria, siendo el sitio más famoso de este testimonio hoy el círculo de piedras de Stonehenge, Carnac y Evebury, en Inglaterra, un lugar que ha recibido mucha investigación. Pero las piedras megalíticas, así como los sambaquis, se encuentran en todos los rincones del planeta. Calçeone, en Amapá, Cromeleque dos Almendres, en Évora, Portugal, son dos ejemplos. Tras el observatorio nos dirigimos a un "dolmen", una piedra aislada, vertical y lisa. Es más de noche que de día. Cada vez menos luz.

Mi conversación con Adnir se guía cada vez más por otras narrativas. Mientras Charles fotografía con los rayos de luz, busco comprender lo incomprensible a través de los relatos de este explorador contemporáneo, donde la arqueología se realiza en los centros urbanos, donde los telones del pasado y del presente se presentan a quienes tienen la sensibilidad para percibir a ellos. El descenso de la colina se realiza en la oscuridad. Adornado por una pequeña linterna que portaba Charles y los pasos decididos de Adnir quien se sabía el camino de memoria. En plena oscuridad, hablamos sobre el universo, la vida y todo. Sencillo, pero sincero. Pasando junto a una piedra con inscripciones fenicias, donde paramos a fotografiar, descendimos tranquilamente hasta la sede del IMMA, donde nuestro guía finalmente nos hablaría de las inscripciones rupestres.

Para Adnir es más o menos así: hace muchos miles de años llegaron a la montaña que se extiende sobre el mar y dejaron grabado en piedra un código inscrito de qué estamos hechos, cómo están dispuestas y operan nuestras partículas más pequeñas para permitirnos la preservación genética de la especie humana, de dónde venimos, cuál es la causa de nuestros problemas degenerativos y cuáles son nuestras posibilidades de futuro. Y esta información ha sido visible a nuestros ojos desde los primeros momentos de la humanidad, en una isla del sur de Brasil, hoy llamada Floripa por la mayoría de quienes la visitan. Este es el legado de más de treinta años de búsquedas e interrogatorios del niño, hijo de pescadores, movido por una curiosidad infinita. En una encrucijada, abandonó la pesca industrial y comenzó a buscar ideas y significados escondidos en las rocas. Las reglas de tres de la prehistoria, en puntos que permiten vistas entre cimas de colinas, basureros e islas, están decoradas con fuertes inscripciones marcadas sobre paneles de piedra negra, la diabasa, una roca más maleable que el granito.

el sol para cortejar a las hembras y competir por la posición más alta en la roca, es negro como lo es el pelaje del lobo marino. Nuestra conversación duró hasta casi las 11 de la noche. Terminamos la conversación frente al instituto donde las sombras marcan la pared cubierta de imágenes de grabados reproducidos por Adnir en un mural. Para el pescador autodidacta, las secuencias de inscripciones brindan información sobre el origen de la vida en el planeta, y cada panel debe leerse en su totalidad, desde el primero en Porto Belo, pasando por la isla de Arvoredo y hasta Campeche. La búsqueda iniciada en febrero de 1988 hoy llega a una explicación biológica, donde quedaría dibujada en piedra la estructura genética de la vida, con sus estructuras de carbono, ARN, ADN, cromosomas, células y todo el proceso de multiplicación que condujo a la estructuración de la vida. en su forma más compleja. Todo ello retratando el ciclo de la vida, el sexo, la cópula, la concepción, hasta la transferencia genética, un momento divino que nos acerca a los dioses.

Salimos de Barra da Lagoa asfixiados por las explicaciones de Adnir. Junto con Charles visitamos diferentes puntos de la “montaña que se extiende sobre el mar” durante dos años. Los diferentes relatos, aunque antagónicos, ayudan a producir un mosaico de significados que forman mi paisaje de la población sambaquiana, todavía tan poco estudiada, pero ya fascinante por su forma de vida, organizada de tal manera que convive con el medio ambiente. durante milenios sin destruirlo. Para los arqueólogos, la ausencia de violencia marcada en los esqueletos indica una población poco dada a las artes de la guerra. La dieta abundante, rica en proteínas, estableció la población en todo el litoral central de Santa Catarina, pero también se extendió hacia el sur y el norte, donde otros paisajes marcaron la buena vida de estos pescadores prehistóricos creativos y valientes que marcaron los ciclos de la naturaleza con precisión.

Hoy en día, los lugares donde abunda la pesca siguen siendo utilizados por pescadores artesanales que insisten en una vida más dura pero más saludable, ocupando las mismas costas y lagos de los que, hace milenios, los sambaquianos tomaban su alimento. Mares, lagunas y costas no tuvieron exactamente la misma configuración, pero los cambios en la forma de vida habrían dejado herederos, aunque no directamente, sino en actividades y experiencias registrados en la historia oral, en la mezcla cultural, en el mestizaje, en reminiscencias susurradas cerca del fuego que reelaboran los significados de las herencias de quienes perciben los testimonios.

Los sambaquíes continúan como testimonio de otras vidas, con sus entierros que pueden contar más partes de la historia interrumpida. El arte y la experiencia de la naturaleza se expresa en la elaborada producción mental de quienes dieron forma a la roca, en los zoolitos y artefactos únicos. ¿Cuántos huesos de ballena inscritos podrían encontrarse aún si se hicieran más investigaciones? ¿Sería posible escalar para una población el impacto de una ballena o un tiburón en la satisfacción de las necesidades proteicas de los pescadores? El mayor secreto de los sambaquis es que no se pueden olvidar.

Acertijos de piedra

Los portugueses querían pescado. La piedra no dijo nada. Y nunca faltó pescado. Hasta hace poco, después de milenios. ¿Y ahora, frente a una práctica depredadora que hace escasos los alimentos abundantes y que aseguró el asentamiento de la población en la región central del litoral catarinense durante más de siete mil años, qué puede hacer el descendiente de mezclas coloniales y locales? Lo que podría ver si mirara dentro de sí mismo, despojado del orgullo cultural de los descubridores que huyen de los estragos de las mutilaciones de las antiguas luchas religiosas. Aquí el mar ya no separaba enemigos de la fe, sino diferentes perspectivas de estar en el mundo. Cosas esenciales que reúnen ideas escindidas por nociones ridículas de nación y país que no resuenan en la inmensidad del mar, en las rutas globales de las ballenas, en las rocas marcadas en todo el globo. Mirando al sol, las ideas arden, feroces, devorándose insaciablemente unas a otras.

El español quería oro. La piedra no dijo nada. Y no había oro. Eran sólo grabados que fueron hechos con el trabajo duro y lento de quien no tiene prisa en el alma. Miles de años antes de la actualidad ya se encontraban en la costa. Les gustaba la belleza. Y grabaron sus vidas en la roca, con la roca.

Pasaron miles de años y el lugar, marcado para siempre, atrajo a navegantes de todo el mundo o incluso de fuera, según las creencias de quienes observaban, a aquellos maravillosos lugares. Ahí estaba la indicación. El camino estaba marcado por

carteles gigantes que no requerían traducción. Allí estaban. Esperando tomar el cruce del tiempo. Como decía Jorge Luís Borges, todos los caminos conducen a la muerte. Así que piérdete.

Mucha gente piensa en la isla como la montaña que se adentra en el mar. Puede verse desde innumerables puntos de vista. Cada historia es un ser humano, con tantas inmersiones en el mar como le permite su trayectoria. Los territorios siempre han estado demarcados, se meta la cabeza por donde se meta. Te escribiré en cualquier momento. Comparto mi ritmo de letras con milongas perdidas en almas y canciones. Llamo a las almas a cantar en los espacios en blanco de mis líneas. Y vienen, pronto ya no, a añadir imágenes de otros lugares. Sí, aquí vino el emisario del Inca. Busca tus mulluses sagrados. Por esta línea han pasado pescadores en canoas de todas las épocas. En estos lugares surgieron territorios sagrados con sus esqueletos y cráneos desplazados en el tiempo y el espacio, deseosos de revelar significados en estrellas lejanas, pero perdidos en el infinito de cada horizonte. Describir paisajes es emerger a las sensaciones de los demás, absorto en prolongados minutos en el capricho de la contemplación, la respiración, el saboreo, la percepción de donde aún no se había estado. Caminé por la playa, el cerro, el camino, el avión, el cielo, el barco, el autobús, y mucho, mucho a pie, de pie, con y sin zapatos azul anaranjado. Una cuadra, dos, tres, cuatro, cinco y seis. Muchos bolígrafos perdidos y lápices rotos. Qué cada vez más difícil es dejar el consuelo de la nada y amar la aventura, la única, la inevitable por sus propias fuerzas. Hasta que crucemos el umbral. Eso es todo. Es necesario caminar. Ver, sentir, imaginar. Primero ves. Luego sumérgete en el entorno con tus otros sentidos, apaga tu cerebro, engaña tu razón, siente el universo en un grano de arena. El significado del pasado, reportajes en profundidad escritos a lo largo de muchos años, caminos extensos, mares infinitos y personas únicas.

MEIEMBIPE, El secreto del Sambaqui

Expediente

Reportaje: Carlos Domínguez

Fotos: Carlos Guerra

Diseño Gráfico: Thaís Cristina Martino Sehn y Samanta Olivo

Diseño web: Thais Cristina Martino Sehn

Diseño para PDF:
Samanta Olivo y Isabela Nogueira

Programación: Fabiel Luis Sehn

Producción: Prensa Ponga

Cálculo: marzo de 2015
hasta diciembre de 2016

Traducción: Álvaro Pouey de Oliveira Filho
Publicación: diciembre de 2023

Edición: 2017
Publicación original: noviembre de 2017

Informe disponible en:
pongapress.com/reportagem_sambaqui.html

Los informes en profundidad son producto del trabajo de Ponga Press, un colectivo sin fines de lucro de periodistas, diseñadores, programadores y fotógrafos, que dirige Proyectos periodísticos en América. Reportaje multimedia publicado en formato digital, periodismo web, fotoperiodismo, entrevista, visualización de información.

PONGA
REPORTAGENS DE PROFUNDIDADE

Visite nuestro sitio web:
www.pongapress.com